

Resultado de una exploración en las cavernas prehistóricas de Txispiri-Gaztelu (Guipúzcoa)

por el

P. Máximo Ruiz de Gaona, Sch. P.

Si algún elemento esque'ético tiene importancia decisiva para conocer las cualidades antropológicas de los seres humanos, son sin duda alguna los que corresponden a la región cefálica. El cráneo todo, y principalmente la región facial con la caja craneana proporcionan medidas y pormenores que permiten al antropólogo sacar conclusiones firmes sobre el carácter de raza y del estado del desarrollo intelectual de los individuos a quien pertenecieron los restos estudiados.

De los testigos que de esta parte del esqueleto han sido extraídos en el curso de las excavaciones de la caverna que nos ocupa, es de lo que vamos a tratar ahora.

Preciso será, para que no se confundan los términos, que aclaremos un poquito algunos, ya que han de usarse con frecuencia en esta parte de nuestra exposición.

El conjunto de los huesos de la cabeza, desprovista de toda las vértebras, se denomina CRANIUM; cuando falta también el hueso mandibular, se tiene un CALVARIUM; si ha desaparecido la porción facial, de modo que restan sólo los que forman la cavidad o caja craneana, recibe el nombre de CALVARIA; por último, si los que permanecen son únicamente los que contribuyen a formar la bóveda craneana, tendremos una CALVA.

Pues bien, si estudiamos los que numeran en la colección de Txispiri, causará maravilla el que, habiendo indicado precedentemente que en la mencionada caverna se habían descubierto restos de una docena aproximadamente de personas de uno y otro sexo y de distintas edades, no se pueda contar, no ya con un solo cranium, pero ni con un calvarium, y ni siquiera con una calvaria completa. Las calaveras han quedado completamente separadas en sus partes componentes, las cuales ni aun ellas mismas conservan su integridad. Las mayores porciones

que tenemos, grandes trozos de calva, o calva completa, tienen por otro lado señales tan evidentes de fractura violenta, ocurriendo lo propio con gran número de pedazos sueltos, que puede llegar a formarse una convicción de que fueran destruidos voluntariamente con un fin premeditado.

El conjunto de los huesos cefálicos que poseemos procedentes de las diversas dependencias de la gruta de Txispiri alcanzan el número de 145.

Siguiendo el plan que nos hemos trazado al redactar esta Memoria, separaremos por grupos todos ellos, siempre que sea factible distribuirlos con seguridad.

Estudiaremos primero los 11 huesos temporales; a continuación diremos algo de los huesos frontales, para terminar con el conjunto de huesos de menor tamaño y de no fácil adjudicación a algunos de los que constituyen la bóveda o que por su conservación no ofrezca interés. Finalmente haremos una descripción y estudio más completo de los pedazos de calva grandes y que adquieren interés relevante.

TEMPORALES.—Todos los huesos temporales que poseemos, en número de 11, se hallan sueltos, si bien más o menos destrozados, y, aunque en su descripción es casi imposible que apronten dato alguno de relieve, hemos de hacer la de uno, que se conserva casi completo.

El hueso temporal señalado con I-J, marcas cuyas letras corresponden a diferentes días de descubrimiento, tiene la parte escamosa pentagonal y no circular. No se nota el canal de la arteria temporal profunda, para el que Testut da una frecuencia de 92 por 100. Las medidas de la apófisis cigomática dan una longitud de 36 mm. desde el vértice hasta la separación de las ramas ascendente y descendente; la región media escamosa tiene 8 mm. de altura. La apófisis mastoidea la encontramos muy desarrollada, como asimismo la ranura digástrica, que es muy profunda. El borde óseo que limita interiormente dicha ranura tiene un grosor de 10 mm.; (Testut da como grosor normal 8 milímetros), a pesar de la alteración que en él se percibe. No se llega a apreciar exactamente el orificio del conducto externo mastoideo, pero, por el contrario, en la cara endocraneal se ve el orificio externo de dicho conducto. En la base de la porción petrosa se nota la *espina supra meatum*, que falta en el vértice, bastante destruido.

Mirado por sus caras, encontramos la falta de la fosita del *Ganglio de Grasser*, indicios de la fisura petro-escamosa y ausencia del *hiatus de Falopio* y de la apófisis *estiloides*.

Solamente añadiremos con respecto a los demás que uno de ellos, el señalado con el número 2-J, presenta un trozo de ala mayor del esfenoides unido a su borde anterior y aun a falta del *agujero rasgado anterior*.

La posición y estructura del conducto auditivo es enteramente hominiano-humano, de la especie *Homo sapiens sapiens*, dentro de la sistemática moderna.

FRONTALES.—No contamos con más de nueve fragmentos de huesos frontales, que conservan alguna porción de la cresta supraorbitaria. Desde luego ninguno de ellos está completo, ni conserva a la vez las dos partes derecha e izquierda correspondientes a las órbitas oculares. En lo que es permitido observar dentro de la fragmentación en que se encuentran, todos son de frente elevada, no huída hacia atrás, sin que el toro supraorbitario tenga un desarrollo que se salga de la normalidad. Sin embargo es de notar como rasgo frecuente un importante desarrollo de los senos frontales, que se muestran con unas elevaciones cónico-rebajadas bien señaladas. Este carácter, no obstante, en nada se sale de la normalidad; en individuos hoy vivientes es fácil percibir un desarrollo frontal semejante.

Es absolutamente preciso referirnos a un trozo de hueso frontal, que por su forma y tamaño excitó en nosotros la idea de que pudiera ser referido a un antropomorfo, y así lo tuvimos, y con una ligereza y temeridad censurable quedó estampado en la primera parte de nuestro trabajo, como posible representante de tales seres en Guipúzcoa. Hoy, concienzudamente asesorados, rectificamos nuestra precipitada apreciación para servir a la verdad.

Se trata de un hueso frontal que mide 5,2 cms. desde la línea bregmática hasta la unión fronto-nasal, y 5,3 cms. desde la parte exterior izquierda de la cavidad orbitaria hasta la fractura cercana al punto maxilo-frontal después de la Glabella. La unión fronto parietal no es suturada, sino biselada, lo cual, junto con la forma de dicha unión, forzó a concebir la primera apreciación errónea.

Tuvimos el acierto de remitirlo a Sabadell a los distinguidos espe-

cialistas en mamíferos Sres. Villalta y Crusafont, quienes nos apuntaron su creencia de que nos hallábamos en presencia de un frontal humano de niño.

Ellos mismos quisieron asegurarse y lo transmitieron a consulta al Catedrático de la Universidad de Ciencias de Barcelona, el Antropólogo Dr. don Santiago Alcobé, el cual confirmó las suposiciones de los Sres. Villalta y Crusafont, basándose en la gran anchura del canal nasal y en lo acusado de las circunvoluciones cerebrales frontales.

Todos les demás huesos frontales son asimismo fragmentarios sin que ninguno conserve a la vez los toros orbitarios de ambas cavidades, sino más bien manifestando una ruptura violenta de superficie irregular y astillosa, con el periostio quebrantado y saltado de dentro afuera, sin borde continuo, de cuya forma de fractura habremos de ocuparnos más adelante.

TROZOS DE CALVA.—El conjunto de los 133 huesos, mejor porciones óseas, peretenecientes a huesos integrantes de la bóveda craneal poco o nada de interés puede proporcionarnos, pues son tan menudos, que muchos de ellos apenas miden unos centímetros cuadrados. Ello no obstante, convendrá que se tengan presentes las superficies de fractura. Las hay recientes, producidas por accidente de extracción; otras son antiguas, como se comprueba por el estado de fresca de la superficie fracturada; en uno y otro caso, es decir, cuando la fractura ha sido debida a golpe o presión normal, los bordes son limpios; hácese esta advertencia para que la atención se preste más solícita a otras superficies fracturales semejantes a las de que hemos hecho mérito más arriba, tratando del frontal infantil.

EL CRANEO-COPA.—Vengamos ya al trozo de calva más completo de todos cuantos han aparecido en Txispiri.

Está formado por todos, mejor dicho, por partes más o menos desiguales todos los huesos de la bóveda craneana; el hecho que acabamos de mencionar de la desproporción en la repartición de los pedazos óseos en este todo, nos convence, adelantando conceptos que tienen su lugar más adelante, de la existencia en ello de un fin determinado por una inteligencia ordenadora en la que presidía una idea preconcebida, como lo dan a entender: la forma resultante del conjunto, las mismas porciones óseas conservadas y las líneas de fractura, que nada tienen

de casuales, sino que hacen suponer, a juzgar por los indicios, que han sido obtenidas por medio artificial.

Este conjunto óseo comprende las $\frac{4}{5}$ partes de la bóveda, y está integrado por el parietal izquierdo puede decirse que completo, $\frac{2}{3}$ del parietal derecho, $\frac{1}{3}$ del occipital y $\frac{1}{3}$ del frontal. Los límites están dados por una línea que naciendo de la sutura fronto-parietal derecha, a 32 mm. de *Bregma*, se dirige de arriba abajo para pasar por la sutura parieto-frontal izquierda a 74 mm. del punto *Bregma*; sigue la línea casi horizontal para alcanzar a los 24 mm. la parte superior del bisel de la articulación tèmpero-parietal, volviendo a encontrar al antedicho borde superior del bisel a 38 mm. más atrás. Siguiendo 25 mm. a la sutura hallamos el borde para la sutura de la cara posterior del parietal con el temporal con la escotadura parietal de este hueso y porción mastoidea del mismo. Desde la unión occipito-parietal al *Lambda* hay 89 mm., es decir la totalidad, o la casi totalidad sutural; sigue después hacia atrás y adentro hasta llegar al *Opisto cranio*, para continuar hacia adelante y arriba, parando a 53 mm. de *Lambda*, y seguir un poco irregularmente hasta encontrar la sutura fronto-parietal a los 32 mm. de *Bregma*, punto de partida del recorrido que acabamos de realizar por todo el borde.

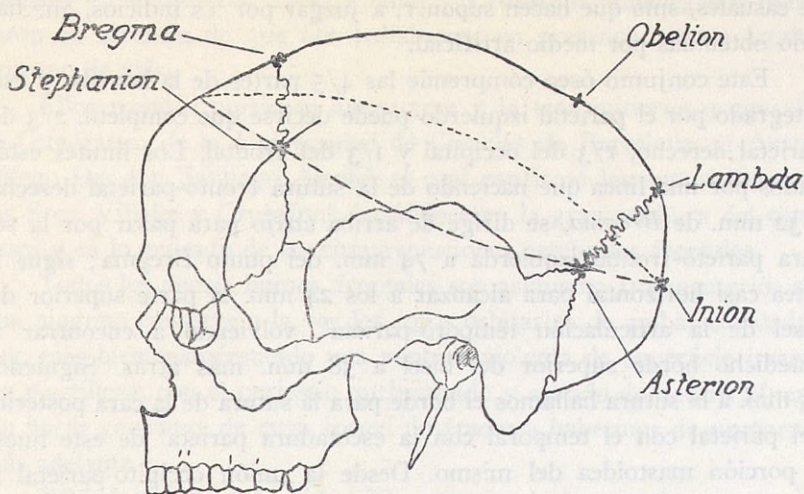
Examinado en el aspecto craneométrico admira la perfección con que se han verificado los cortes, como si se hubiera tenido intención premeditada de conservar el mayor número posible de puntos de los que actualmente se sirve la Ciencia craneométrica. No los hubiera respetado mejor un antropólogo.

Véanse los que permanecen: *Bregma*, *Estefanion*, *Obelion*, *Lambda*, *Asterion* e *Inion*. (Véase el esquemá en la página siguiente).

Conveniente parece también repasar cada una de las porciones que integran esta calva.

El hueso frontal se conserva en una porción más pequeña que ningún otro, limitado por las suturas fronto-parietales y un arco de 34 mm. de sagita.

El parietal izquierdo presenta en su cara externa la eminencia parietal de gran volumen y las líneas temporales; en la cara interna: la *fosa parietal* muy marcada; la *hoja de higuera* muy excavada; las ramificaciones de la meníngea media; las impresiones digitales y tu-



Esquema que señala los puntos craneométricos citados en el texto.

bérculos mamilares, y finalmente la *fosilla* para los *corpúsculos de Pacchioni*. Por el borde superior se ve claramente el *agujero parietal*, para la vena *Santorini*, a 4 mm. del borde pósterosuperior, en lugar de estar a dos o tres, como enseña Testut; los *dentellones óseos* ni desaparecen ni disminuyen, y, si bien a la altura del agujero parietal la sutura se simplifica, es para recobrar nuevo vigor inmediatamente, complicándose y quedando los dentellones tan marcados y extensos como estaban anteriormente. Del borde inferior conserva una extensión de 38 mm. en la parte superior del bisel para su unión con el temporal; y finalmente debe observarse en el borde posterior la sutura lambdoidea, muy marcada, con gran cantidad de huesos wormianos, entre ellos el *hueso wormiano fontanelario astérico*, formando una excavación.

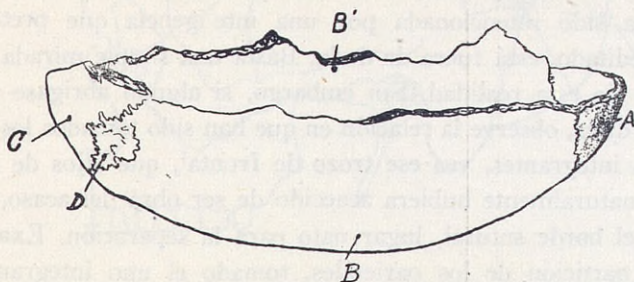
El hueso occipital conserva su borde parietal izquierdo completo; por la cara pósteroinferior se percibe el *Inion* y la *línea curva superior izquierda*. En el lado derecho está cortado el hueso por el borde inferior de la *línea curva superior*. Solamente presenta 1/3 de la *fosa cerebral superior derecha* en la cara ánterosuperior, pero su homóloga izquierda está en su totalidad y se prolonga por la parte posterior del parietal del mismo lado.

Ahora que le conocemos por su lado científico, tratemos de darnos cuenta de su forma artificial y artesana, si decimos.

Así considerado es un recipiente irregularmente ovalado cuyo eje mayor tiene 17 cm. y medio y el menor 14 cm. y 3 mm. desde sus bordes exteriores, con una profundidad en el medio de 6 cm. siendo su capacidad aproximada de medio litro.

Se ve, pues, que junto a una estabilidad máxima, se procuró también que tuviese la mayor capacidad dentro del fin deseado, porque su forma ha sido intencionada por una inteligencia que pretendía un fin premeditado, está fuera de duda. Basta una simple mirada para darse cuenta de esta realidad. Sin embargo, si alguno abrigase todavía restos de duda, observe la relación en que han sido tomados los huesos craneales integrantes, vea ese trozo de frontal, que lejos de separarse, como naturalmente hubiera acaecido de ser obra del acaso, conserva unido el borde sutural, lugar nato para la separación. Examine la diferente partición de los parietales, tomado el uno íntegramente desde su superficie biselada de unión al temporal y la relativamente escasa porción del otro, seccionado por donde naturalmente no ofrece probabilidad para ello, y menos en la forma en que se presenta, aunque lo supongamos sometido a presiones o golpes. El modo como se presentan los diferentes bordes, habla también su lenguaje claro y terminante: las superficies de fractura apenas una vez se muestran como las que proceden de accidente fortuito o intencionado pero producido por flexión o golpe simple con líneas más o menos irregulares, pero de bordes limpios, esquinados; nuestra copa por el contrario los tiene todos redondeados, o por mejor decir, conminutos producidos en muchas de sus partes por retoques, *digámoslo así*, lo cual lleva consigo el que el periostio se haya astillado y descascarillado, sucediendo esto casi constantemente en la cara exterior porque los golpes han sido producidos por un instrumento contundente cuya acción venía de la parte interna; todavía pueden notarse las señales clarísimas de algunos de ellos, que demuestran que su punta era roma, o por lo menos no en hoja, y además redondeada a modo de punzón. La intensidad con que fueron producidos aparece en distintos lugares; en el borde libre del frontal patentizan la suavidad de la presión, puesto que no llegan de una a otra cara, y además el tacto y meticulosidad de la operación están atestigua-

dos en la repetición de los golpes ligeros de dentro afuera y retocados de fuera adentro. Toda esta meticulosidad y arte para no desgajar el hueso sino en una línea armónica con la del conjunto, y para evitar se desprendiera por la sutura, como habría de suceder naturalmente, no puede tener un origen casual sino intencionado; el de llegar a conseguir un recipiente perfecto dentro de los medios que la artesanía de los tiempos permitiesen.



A.- Frontal; B-B'.- Parietales; C.- Occipital; D.- Wormiano fontanelario astérico.

Cráneo copa de Txispiri

Ahora que tenemos estudiada la copa-cráneo desde el punto de mira de la objetividad, tienen lugar las razones históricas, extraídas de lo que la Ciencia Prehistórica tiene recogido como cierto por los estudios que otros hallazgos semejantes hayan venido a enseñar. Desde luego apresurémonos a estampar que en la región vascongada no existe testimonio ninguno de esta especie; ni en los investigadores indígenas, ni en los extranjeros que han dedicado sus actividades a las exploraciones del país.

Después tratemos de dar respuesta a una pregunta que viene enseguida a la mente. Quedamos en que estamos en presencia de un recipiente, pero ¿qué destino darían aquellos ancestrales a la tal vasija? Tres son los fines que pudieran pretender: conservación de determinados objetos líquidos o sólidos; la utilización en usos corrientes de la vida doméstica; empleo en ciertos menesteres de la vida religiosa.

Creo que los dos primeros deben ser descartados, pues no hay que olvidar que entre los escasos restos de uso doméstico recogidos en la

caverna se encuentran pedazos de vasijas de barro que indudablemente tendrían esta doble misión de depósito y de uso. Por otro lado, aunque de esto nada tenemos en concreto en Txixpiri, en yacimientos anteriormente explorados por nuestros predecesores en las excavaciones guipuzcoanas se admite la existencia o posibilidad de que para las necesidades ordinarias de la bebida empleasen recipientes de madera.

Queda, pues, un tercer fin, el de su aplicación a fines religiosos o, si se prefiere supersticiosos, que al fin y al cabo todo viene a ser uno.

Aquí nos hallamos con una faceta desconocida, en los fastos de la Prehistoria vascongada. La veneración a los muertos era ya conocida; la creencia de aquellos antepasados en la inmortalidad del espíritu, en un más allá de la tumba, también está demostrada en las investigaciones de las cavernas vascongadas. El sacrificio funerario tiene reminiscencias de hecho positivo en las mesas de ciertos dólmenes (exáminese la obra de Aranzadi), en las que se observan algunos surcos suponiéndolos destinados a recoger la sangre de las víctimas. No se tienen datos para suponer que estas víctimas fuesen humanas, sino más bien es de creer que fueran de animales sacrificados en holocausto a los espíritus o dioses, si se quiere, o destinadas a los banquetes funerarios. La utilización de las copas-cráneos en estas ocasiones tendría ya cierta conexión con las prácticas religiosas, y pudieron ser en realidad así empleadas, pero, si no se encuentra una idea más elevada en relación con dicha práctica, ésta nos parecería, con razón, obra propia de gentes salvajes y degeneradas.

La fabricación de copas con cráneos humanos no deja de ser cosa extraordinaria aun entre tribus desprovistas de resto alguno de humanidad. De creer es, pues, que hombres que tienen creencia en la inmortalidad de los espíritus, que honran los cadáveres de sus semejantes dándoles sepultura en paraje seguro, guardando sus restos de la rapacidad de las fieras durante la noche por medio de hogueras, si descendían a ejecutar estas vasijas extraordinarias y a utilizarlas, aunque fuese en los ritos funerarios, sería necesariamente por fines que salgan también de lo natural.

De aquí a una concepción mágica o mítica no hay más que un paso. Si no es dable llegar a una suposición transmigratoria de los espíritus, si estimo no ser incongruencia admitir en este hecho una mani-

festación de manismo, o culto a los antepasados, en la forma que se ha dado en llamar culto al cráneo.

Este culto al cráneo tiene sus orígenes en el Paleolítico superior, probablemente en el Magdalenense. “La aparición de Paleolítico superior, dicen Obermaier y García Bellido en su obra *“El hombre prehistórico y los primeros orígenes de la humanidad”*, va unida a una inmigración en Europa de nuevos elementos etnográficos que por su raza y mentalidad se hallaron en un grado incomparablemente más elevado que los hombres del Paleolítico inferior. Las primeras oleadas inmigratorias, oriundas probablemente del este de Asia, aún insuficientemente explorado, propagáronse como un uniforme complejo cultural, tanto por la cuenca mediterránea, como por la Europa central y occidental libre de hielos...”

En el mismo capítulo y hablando del hombre del Paleolítico superior añaden: “La cabeza está considerada como el lugar en que sigue habitando al alma del muerto... Es el genio de la familia y posee un poder extraordinario. Esto mismo afecta en proporción mayor a los cráneos de los antepasados...” Y más adelante: (aunque la cita resulte excesivamente larga, habrá de perdonárseme por ser la única que he podido consultar, pues nada se ha hallado a este respecto en la bibliografía de los investigadores vascongados). “Muy significativo a este respecto son los hallazgos de verdaderas copas hechas de bóvedas craneanas; llevan claras huellas de cortes, como si estos cráneos hubiesen sido desollados, o descarnados intencionalmente.”

En los autores vascongados sólo hallamos estas líneas generales, que nada dicen sobre los resultados del país: “Los hallazgos bastante frecuentes de cráneos aislados, cuidadosamente sepultados y rodeados de adornos, han sugerido la idea de un culto al cráneo, o mejor de un culto a los antepasados. A la misma opinión conduce también las *copas* cuaternarias hechas con bóvedas craneanas.” (Barandiarán, “Breve historia del hombre primitivo”, pág. 50 y 51).

Este culto del cráneo, que mejor, debiera llamarse culto de espíritu bajo la forma material del cráneo, es un peldaño todavía elevado en la escala de la degradación por la que camina la humanidad, en la que las impresiones de la materia van destruyendo el imperio de lo inmaterial. Admitiendo el hecho del origen de un Dios creador y único,

y conociendo perfectamente por la historia de la humanidad la tendencia avasalladora de divinizar las cosas y hasta los fenómenos de la naturaleza, llevados de la fuerza pasional de los sentidos, evidentemente esta superstición está por encima de la idolatría f'oral y faunística, por ejemplo, de los cultos egipcios.

El hombre es lo más elevado de la naturaleza, es su rey, su soberano; puestos a divinizar las cosas naturales, racional parece que sea el hombre quien se lleve los honores divinos. Pero en el ser humano hay algo más elevado que la materia, a la que se ve destruirse desde el momento en que le falta la fuerza vivificadora, el elemento espiritual que le separa de la materia inanimada y aun de la organizada. Dentro del hombre, el órgano donde se ejercen las funciones más importantes de la vida es el cerebro. Es, pues, muy natural que esa parte sensible, accesible a los sentidos y sede de algo que no desaparece con la destrucción de la parte material, sea reverenciado como lugar sagrado, que todavía puede conservar la influencia del espíritu que antes lo habitara, y que quizá conserve aún cierto poder emanado del espíritu.

Un gran jefe, que ha llevado la tribu por caminos de prosperidad y engrandecimiento; un valeroso cazador, elemento de importancia suma en la vida de aquellos ancestrales, que en tantas ocasiones ha proveído a la manutención de los individuos de la pequeña sociedad, que la ha librado con el esfuerzo de su brazo poderoso de los peligros que amenazaban a sus vidas, o a los animales, sean domésticos, si ya entonces habían llegado a domesticarlos, o a los que con su caza contribuían al sostenimiento de la comunidad; un mago o hechicero extraordinario dentro de la propia tribu, eran todos seres de los cuales se podía esperar que en su existencia de u'tratumba quisieran favorecer a los mismos a quienes tantas veces lo verificaran mientras con ellos habían convivido. Es, pues, natural que se solicitara ese influjo beneficioso con actos de religión o superstición, religión o superstición que quedaría materializada en las libaciones realizadas con sus propios cráneos.

Digamos lo mismo pero a la inversa cuando se tratara de aplacar a espíritus de individuos que durante su vida les hubiesen hostilizado fieramente.

Téngase en cuenta que en todo lo antedicho no se trata de aquella otra práctica horrible que se supone propia de las mismas inmigracio-

nes asiáticas del oeste; la horrenda caza de cabezas, síntoma de barbarie, que aún hoy poseen civilizaciones fósiles africanas, americanas, y de Insulindia. De esta práctica, que ha dejado rastros en los pueblos europeos de los grupos Cro-Magnon, Combe-Capelle y Chancelade, no tenemos testigos en vascongadas. ¿Podremos asegurar que estuviesen inmunes de ella?

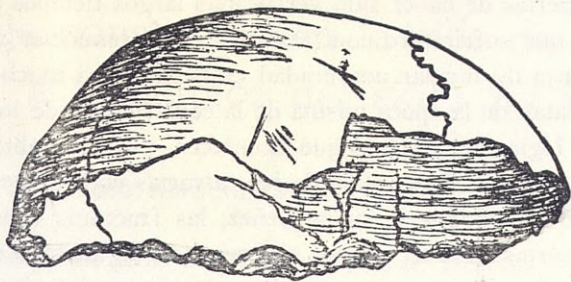
Bosch y Guimpera ("El problema etnográfico vasco") afirma que la cultura vasco-cantábrica en el Paleolítico-superior está íntimamente emparentada con la de Europa y más próximamente con la de Francia. "La pertenencia, añade, del país vasco a la cultura norte de la Península, de origen europeo está fuera de toda duda; no sólo, por ser el puesto intermedio entre el grupo cantábrico y los muchos franceses, sino por los hallazgos de las cuevas de Aitzbitarte, en Rentería, y las de Armiña en Lequeitio, y Balzola en Dima-Yurre, en Vizcaya, así como en la de Santimamiñe."

Este parentesco de razas y de cultura del paleolítico superior, se continúa en el Epipaleolítico, como lo demuestra la existencia de culturas tardenoisienses, de industria micro'ítica en yacimientos vascongados.

Precisamente las regiones que citan Obermaier y García Bellido con estaciones productoras de cráneos-copas, hechas con bóvedas craneanas, están situados en el sur de Francia y norte de España. No es, pues, singular que aparezcan en nuestra región, punto intermedio, sino que más bien sería de admirar su ausencia. Hasta hoy se suponía libre de tales prácticas litúrgicas a la tierra vascongada. Ningún testimonio había venido a reforzar supuestos más o menos lógicos; en ninguna de las frecuentes excavaciones y hallazgos prehistóricos se había tropezado con muestras de las costumbres mencionadas; hoy, después de haber hablado con tanta claridad el yacimiento de Gaztelu, nadie puede negar que, por lo menos algunas tribus residentes en nuestras montañas, tenían entre sus costumbres la de reverenciar los espíritus de los seres que vivieron, honrándolos en forma ostensible bajo distintos usos de sus cráneos tallados.

Por lo demás, no es este sólo el único testimonio de tales costumbres y prácticas. Este cráneo-copa, que podemos considerar como cráneo-copa I de Txitspiri, es el más perfecto. Lo es tanto o más que el

de la cueva de Placard, en Francia, y cuya figura reproducimos tomada de la mencionada obra de Obermaier y García Bellido.



Pero junto a esta primorosa obra existen otras; una de ellas de factura idéntica, pero muy deteriorada, pues no conserva más que los parietales, que por cierto han sido tomados en sentido inverso que en el cráneo-copa I, pues es el parietal derecho el que se ha conservado íntegro, tomando sólo parte del izquierdo. Esta copa, que designamos como cráneo-copa II de Txispiri, ha sufrido las consecuencias de su extracción, por las capas aluviales, de lugar de su reposo, perdiendo en consecuencia las porciones del occipital y del frontal que debían integrarla, como, del propio modo, una parte de parietal izquierdo, en la parte de la sutura fronto-parietal por accidente de excavación, pues la fractura es reciente y los bordes agudos, y en la unión al occipital por destrucción anterior. El parietal derecho queda aislado del frontal y occipital precisamente por haberse sueto estos huesos por sus ligazones naturales, las suturas de entrambos al parietal. Este presenta un pequeño agujero de fractura reciente, con toda seguridad producido por el pico o una piedra en su extracción. A pesar de semejantes mutilaciones y contraponiéndole a la copa I, se tiene la seguridad de que había sido producido del mismo modo y destinada a idéntico fin.

Numeran además en la colección otros dos trozos grandes de calva con señales, sobre todo uno de ellos, de talla, pero que seguramente o la imperfección del artista, o la inadecuada condición del cráneo obligaron a dejar sin conclusión y luego sufrieron los accidentes naturales de las aguas al remover los materiales de la necrópolis.

Ya quedó apuntado que los restantes pedazos de calva, hasta completar el número 133, son excesivamente pequeños para que se intente

una descripción minuciosa, ni aun somera, de cada uno. Además sus fracturas, en su mayoría, no son recientes; están recubiertas de tierra con seña es ciertas de haber sido verificadas largos tiempos antes; por ello tenemos que sufrir otro contratiempo, el de renunciar a su unión y a la esperanza de formar una unidad craneal. Quizá muchos de esos fragmentos datan de la época misma de la construcción de los cráneos-copas, como lógicamente tiene que acontecer, pues la fabricación de éstas lleva consigo la destrucción de las calvarias en fragmentos. Esto mismo vienen a atestiguarlo su pequeñez, las fracturas conminutas y astillosas y ciertas seña es que se observan en algunos, como en las copas, producidas por instrumentos de punta roma.

Ahora viene a la mente la pregunta de si esta es la única estación que posee tales testimonios de unas costumbres hasta hoy ignoradas en los habitantes del país vascongado. De presente, sí, efectivamente, es la única prueba convincente. Ninguna otra existe, ni siquiera conjetural, que se desprenda de las leyendas o relaciones folklóricas que conocemos. Ni Telesforo de Aranzadi, ni Barandiarán apuntan en sus obras cosa relativa a tales costumbres y usos. Tampoco hemos visto nada parecido en las obras de don Julio Caro Baroja, tan amante del país vasco y que tantos datos folklóricos y costumbristas nuevos o poco conocidos ha aportado en sus escritos sobre la región vasca y principalmente la relacionada con el Baztán.

Téngase con todo presente que las exploraciones no se han dirigido en la región fronteriza de Navarra con la tenacidad y empeño con que se han llevado a cabo las de zonas costeras. Pues aparte el estudio de los dólmenes de Aralar y los de Belabieta, todo lo demás ha quedado sepultado en el olvido, si algo existe, como es de suponer posible y aun probable, dada la topografía del país. Creemos que una campaña bien dirigida por las cuencas de Leizarán, Berástegui y Araxes podrían proporcionar datos numerosos, y quien sabe si inéditos para el complemento de la prehistoria vascongada.

